

DESPUÉS DEL ACCIDENTE

Aliver

Podría decir con absoluta certeza cuándo comenzó todo aquello, pero no lograría precisar, cuando esa opresiva y tortuosa sensación empezó a perseguirme, haciéndome sentir la necesidad de reivindicar mi alma.

Tenía la impresión de ser perseguido por una infinidad de sensaciones invisibles que incansables me rondaban, me acechaban y perturbaban, sin darme tregua y debía hacer algo para mitigar esa amargura y esa depresión que había invadido completamente mi conciencia, pero no sabía como.

Mi mente reproducía sin parar todas las situaciones y las circunstancias relacionadas con aquel accidente. Pero solo disponía de un cuerpo que no era más que un conjunto de órganos vitales, atrapado en una definida dimensión de tiempo, mientras mi mente vagaba libre, inalcanzable, aunque lejos de las limitadas fronteras de lo material...

Empezaba a amanecer y las poquísimas y diminutas nubes que podían verse en el cielo anaranjado, presagiaban un bonito y soleado día, de principios de primavera. A ambos lados de la sinuosa y estrecha carretera se advertían aún, restos de nieve que, algunos días atrás, había caído abundantemente en la zona.

En la radio del coche sonaba una hermosa canción de Serrat; llevaba ya más de dos horas de viaje, y me encontraba algo cansado.

Yo era un joven experto informático, que tenía asignado el mantenimiento del sistema del sanatorio del pueblo, donde estaba por llegar. Un sanatorio viejísimo, en estado deplorable con las habitaciones saturadas de humedad, pero que contaba con un moderno instrumental y un sistema informático de última generación.

El bonito pueblo donde me dirigía, ya estaba a la vista al lado de la ruta y pensaba detenerme en un bar, antes de ir al sanatorio, para descansar un poco; pensé que un café

bien caliente me reconfortaría y me daría más fuerza, para afrontar la penosa tarea que me esperaba en ese lugar tan desagradable.

Estaba entrando en el acceso al pueblo, cuando por el espejo retrovisor vi aparecer a lo lejos un coche negro, que se acercaba a gran velocidad; en un instante se colocó detrás de mí, e inició un arriesgado adelantamiento, muy rasante para el poco espacio de paso que quedaba, lo que me obligó salir a la banquina, originando que perdiera el control del vehículo.

Intenté recomponer el mando, pero el auto, al retomar el pavimento húmedo, hizo un trompo, se desvió del camino y se estrelló contra un árbol que se encontraba a unos veinte metros, mientras el conductor del auto negro, siguió imperturbable su infernal marcha.

El choque fue brutal y durante breves instantes quedé atónito y luego de un tiempo de semiinconsciencia, entre las canciones de la radio que aún seguía sonando, logré percibir la voz de una muchacha que intentaba tranquilizarme, mientras me sacaban del coche; pero cuando el fresco de la mañana sacudió mi rostro, no sentí dolor alguno.

Me desperté en el dichoso sanatorio, en un pasillo, frente a la puerta de la sala de rayos; estaba tendido sobre una cama, vestido como había llegado. Pensé que era justo el momento que se estaban preparando para efectuarme las radiografías, y seguramente luego de examinarme detenidamente, me dejarían internado un tiempo, como se hacía siempre por precaución.

En realidad, yo no sentía ningún dolor, ni molestia, y no quería soportar la sensación de quedar prisionero en ese viejo sanatorio, con ese espantoso e insoportable olor a humedad y por ello, tomé la rápida decisión de escapar; ya volvería en otra oportunidad, para efectuar el mantenimiento del sistema.

Me incorporé lentamente y como no había nadie por los alrededores, caminé apresuradamente por el espacioso corredor. Mis pasos estaban rodeados de silencio y corrí los últimos metros que me separaban de la puerta de salida y al salir, sentí el aire puro y fresco de la libertad; atrás había quedado una parte de aquel accidente en mi vida, la otra parte estaba dentro de mi.

Frente al sanatorio había varios peatones; busqué huir, confundiéndome y escondiéndome, como si fuera parte de ellos mismos. Miré hacia atrás por última vez; sobre las ventanas del viejo edificio, incidían aún los restos de un sol ya moribundo y me dirigí raudamente hacia el camino de entrada del pueblo, para examinar el estado que había quedado mi coche.

Cuando llegué, no había nadie, la policía lo había cercado con una fajas de seguridad; no podía creer como estaba destrozado, y como puede escapar con vida entre esos hierros retorcidos. Me quedé largo tiempo parado mirándolo y luego, sigilosamente penetré en él, por el mismo lugar donde debería estar la puerta; me senté y entre mis manos, escondí mi rostro, porque me sobrevino una impetuosa necesidad de llorar.

Estaba confundido, mientras mi mente divagaba con una amargura atroz, con una pesadumbre que había inundado por completo mi espíritu, mientras las lágrimas seguían brotando incontenibles de mis ojos.

No sabía que me estaba sucediendo, pero no podía moverme, estaba como clavado en el tiempo, sentado dentro de ese coche destrozado, suspendido por hilos invisibles, con la mente perdida, mientras se producían las primeras sombras del anochecer y en el fondo del cielo, ahora oscuro, entre las ramas de los árboles, hacía su aparición la luna llena.

Sentía una sensación que me llenaba el alma de angustia, y cuando mi mente buscaba encender la luz del discernimiento, se apagada, justo en el momento que se iba a convertir en comprensión. De pronto, se me cruzó una percepción desconocida,

relacionada con la fatalidad; era mi primer sentimiento de miedo, después de aquel accidente.

Me hallaba muy confundido, cuando repentinamente, sentí la imperiosa necesidad de escapar de ese coche destruido y de aquel lugar, lo más pronto posible y entonces, rápidamente decidí volver al pueblo. Al llegar, ya en la noche, fui a la plaza principal iluminada, y me senté en un banco para decidir mas tranquilo, lo que haría con mi vida.

Un extraño personaje que pasaba, se paró y miró despectivamente mi banco para sentarse a mi lado, circunspecto por completo en sus propios pensamientos, como si para él, yo no existiera; al fin, hizo un gesto desdeñoso con su horrenda cara y siguió caminando. Pero yo lo había reconocido, era el odioso director de sanatorio y me sentí por un instante como un ser despreciado, y dirigí mis ojos con irritación hacia aquel hombre que se alejaba.

Me levanté del banco, y comencé a caminar sin rumbo, por aquel barrio residencial del pueblo, que se aparecía ante mí, rodeado de hermosos jardines iluminados, como una manera de sofocar esa angustia misteriosa, que nuevamente me ahogaba.

Mientras caminaba, el silencio me rodeaba y solo era interrumpido por el sonido lejano del motor de algún automóvil, o los pasos circunstanciales de algunas personas que transitaban como sombras. La luna llena, era ya una esfera plateada, que luchaba contra las penumbras de la noche.

De pronto, escuché algo en ese caminar, que afectaba por completo el silencio reinante; eran los ladridos de un perro. Pero no eran ladridos comunes: eran aullidos lastimeros, largos y desesperados.

Luego, esos aullidos fueron más pausados, como si la señal que percibía el animal, se alejara de sus límites territoriales. Parecía como si allí cerca, un imperceptible movimiento, sobresaltara su sensible audición.

Cuando se hizo un silencio tenso, mi oído buscó algún ruido insignificante que fuera la causa de aquella extraña reacción; de pronto, un pequeño rumor rompió la quietud, y pensé que podrían ser las dilataciones de los tirantes de madera, de los techos de tejas calentados por el sol, o tal vez, el viento, que hacía revolotear las hojas muertas sobre la acera.

Seguí caminado y entonces, el perro de la casa siguiente tuvo la misma reacción, al principio un aullido largo, fuerte y dolorido y luego, se fueron haciendo mas confusos e inquietantes.

Así, al atravesar cada casa, se iban originando una cadena de aullidos lastimeros, que no se detenían en esa tenue oscuridad, y poco a poco, lo fueron invadiendo todo, quebrando el silencio, mutilándolo como si fuera una danza macabra, en el medio de la noche.

Evidentemente, eran aullidos de temor, por algo que los perros no veían, ni olfateaban; como si un ser fantasmal circulara sin tocar el suelo, sin mover el aire, sin dejar rastros. Y fue allí, que comprendí espantado, que ese ser invisible no podía ser otro que mi alma en pena, porque lamentablemente, la muerte se había llevado mi cuerpo para siempre, después de aquel trágico accidente.